

» tra propia patria defendiendo nuestra independencia con
» el heroísmo con que hemos afrontado tantos peligros. »

Esta peroración tan vacía como incoherente, que parecía calculada para disipar las últimas esperanzas, y proclamaba la deposición de los dos únicos hombres necesarios, produjo sin embargo el efecto contrario, y fué saludada con estrepitosos aplausos. Como sucede cuando todos dudan y temen y no saben qué hacer, y se presenta un hombre que cree en sí, todos creyeron que era aquél el llamado por la providencia á salvarlos, y á los gritos de ¡viva Rodríguez! fué nombrado unánimemente coadjutor en el gobierno en consorcio con el director delegado Cruz (38). El tribuno se convirtió en dictador, levantado por una verdadera revolución disolvente.

Rodríguez, con su carácter enérgico, se hizo el árbitro de la situación, doblegándose ante su voluntad la de su colega en el gobierno. Impetuoso y atolondrado, todas las medidas que dictó llevaban el sello de su temperamento fogoso y de sus cualidades desequilibradas. Regreso de los caudales á la capital, proclamas ofreciendo pasaportes á los cobardes que quisiesen abandonar el país, prisiones de sospechosos, alistamientos populacheros sin plan ni método, distribución de vestuarios y de armas sin cuenta ni razón á los que las pedían, y por último, la organización de un cuerpo fantástico denominado « Húsares de la Muerte », vestidos de negro con sus fúnebres emblemas, cuyo mando se reservó él como guardia pretoriana, tales fueron los principales actos que señalaron la efímera y bulliciosa dictadura de Rodríguez. Empero, su actitud decidida contribuyó á dar temple á la opinión, reaccionando contra el miedo y la derrota, y aun cuando su papel en esta ocasión haya sido exagerado, fué como tribuno

(38) Véase Sanfuentes : « Chile desde Chacabuco hasta Maipo », pág. 141 y sig.

político-militar el hombre de las circunstancias, que llenó dramáticamente el intermedio histórico. Los grandes actores iban á reaparecer en la escena.

O'Higgins, al tener noticia de las novedades de la capital, apresuró su marcha, caminando día y noche á caballo, para tomar posesión del gobierno. Pasada la media noche del mismo día, se apeaba en Santiago con el brazo en banda. En la mañana del 24 una salva de 21 cañonazos y un repique general de campanas anunciaba su arribo. Inmediatamente asumía el mando y convocaba una reunión, á que concurrieron todas las corporaciones. El director estaba taciturno, pero entero. « He visto todo, dijo, y abrigo la profunda convicción de que hemos de salir vencedores en la primera batalla ». Desde este momento todo entró en quicio. Se impartieron órdenes metódicas para allegar los elementos de guerra, empezaron á acuartelarse las milicias para remontar el ejército, se reunió parte del armamento imprudentemente dispersado por Rodríguez, se compraron fusiles á los comerciantes ingleses á cuenta de la próxima victoria, se encendieron las fraguas de la maestranza y el parque empezó á funcionar activamente elaborando municiones. Ante la reaparición del orden administrativo y de la figura severa de O'Higgins, se eclipsó el dictador de 48 horas, para volver á reaparecer más tarde en una misteriosa tragedia, según se relatará á su tiempo.

X

En la tarde del 25 de marzo llegó San Martín á Santiago, seguido de una escolta de caballería. Vestía el uniforme de granaderos á caballo, con su sobretodo de campaña cubierto por el polvo de la derrota y su típico falucho forrado en

hule. En su rostro se dibujaban las fatigas del insomnio. Estaba triste y reconcentrado. Al llegar á los suburbios de la ciudad, salió á su encuentro su amigo y confidente Guido, y echándole los brazos desde á caballo, le dijo con voz conmovida: « Mis amigos me han abandonado, pero recobramos » lo perdido y arrojaremos del país á los chapetones ». Al anuncio de su llegada, se echaron á vuelo las campanas, el pueblo lo recibió con aclamaciones, y al cruzar la plaza, después de conferenciar dos horas con el director O'Higgins, la muchedumbre le pidió una palabra que la confortase. El general no era orador ni hombre de movimientos espontáneos; pero sea que la conciencia lo inspirase ó hubiese preparado de antemano el efecto de su golpe dramático, detuvo su caballo á la puerta del palacio episcopal que le servía de alojamiento, y con acento sonoro pronunció el primer y último discurso de su vida: « Chilenos! Uno de aquellos acasos que no es » dado al hombre evitar, hizo sufrir á nuestro ejército un » contraste. Era natural que este golpe inesperado y la in- » certidumbre os hiciera vacilar; pero ya es tiempo de vol- » ver sobre vosotros mismos, y observar que el ejército de » la patria se sostiene con gloria al frente del enemigo; » que vuestros compañeros de armas se reúnen apresurada- » mente y que son inagotables los recursos del patriotismo. » Los tiranos no han avanzado un punto de sus atrinche- » ramientos. Yo dejo en marcha una fuerza de más de » 4,000 hombres sin contar las milicias. La patria existe y » triunfará, y yo empeño mi palabra de honor de dar en » breve un día de gloria á la América del Sur ». El tono resuelto con que fueron pronunciadas estas palabras, el ademán varonil que las acompañaba y la expresión grave del rostro inspirado del orador, impresionaron hondamente al pueblo que prorrumpió en estruendosos vivas. Un hombre del pueblo, un *roto*, se le acerca, y exclama: « Mi general, un abrazo! » Su edecán O'Brien hizo el ademán de apartarlo,

pero él, que como se ha dicho, necesitaba hacer brotar nuevas legiones de la tierra, y esperaba que aquel abrazo le daría muchos soldados, echó pie á tierra y lo abrazó en medio de grandes aplausos de la multitud (39). Confirmando oficialmente las seguridades dadas por San Martín, el gobierno expidió una circular á los departamentos, pidiendo un auxilio de 4,000 mulas y víveres: « El general ofrece con su cabeza no » dejar una de las del enemigo, si los ciudadanos del Estado » creen en su palabra; pero pide por condición precisa que » lo ayuden en la esfera de sus alcances. El gobierno lo pa- » gará todo religiosamente » (40).

En el mismo día reuníase una junta de guerra en el alojamiento del general, á que concurrieron el director O'Higgins y todos los jefes militares presentes en Santiago. Las opiniones estaban divididas. Unos proponían replegarse á Aconcagua y reorganizar allí el ejército. Otros estaban por sostenerse en la misma capital. San Martín guardaba silencio. Uno de los jefes, indicó que antes de tomar una determinación era necesario oír el informe del jefe del parque, á fin de conocer los elementos de guerra con que se contaba para seguir uno ú otro plan. El general mandó llamar á Beltrán, y limitando el alcance de la pregunta, le interrogó: « ¿Cómo estamos de municiones? » El capitán-fraile, levantando la mano en alto, contestó lacónicamente: « Hasta los techos! » La verdad era que no había diez mil cartuchos de fusil en los depósitos; pero San Martín que lo sabía, y tenía su idea, se dió por satisfe-

(39) La tradición y el testimonio escrito de varios testigos presenciales ha conservado todos los incidentes y gestos de estas escenas. Véase Haigh: « Skechets, etc. », cit. p. 199.—Barros Arana: « Hist. de la Indep. » t. IV, p. 323.—Vicuña Mackenna: « Rel. Hist. », 1.ª parte, art. « Maipo. » — M. Olazábal: « Ep. de la guerra de la Indep. », ps. 28-29.

(40) Circular de 25 de marzo de 1819 á los departamentos de los Andes, Aconcagua, Quillota y Melipilla. M. S. Apud. Barros Arana, « Hist. de la Indep. », t. IV, p. 327.

cho, y declaró en tono perentorio, que el ejército se pondría en campaña cubriendo la capital, para esperar en esta actitud al enemigo y librar una batalla. Así quedó acordado. Mientras tanto, Beltrán pedía al gobierno hiciera una leva de trabajadores, sin distinción de hombres, mujeres ni niños. Pasaba la noche en vela trabajando, y al día siguiente daba parte que tenía cincuenta mil cartuchos prontos (41). Los trabajos militares se activaron, los cuerpos se remontaron, establecióse un campo de instrucción á diez kilómetros al sud de la ciudad en el llano de Maipo, donde se reunieron los regimientos de granaderos y cazadores, dos batallones de infantería y la artillería de nueva creación, con las piezas de repuesto montadas en el parque; la escuela disciplinaria de Mendoza y de las Tablas volvía á abrirse. El 28 de marzo llegó al nuevo campamento la columna salvadora de Las Heras, saludada por una salva de 21 cañonazos y las dianas precursoras de la victoria, recibiendo nuevamente las congratulaciones del general en jefe en medio de las aclamaciones populares. Las Heras, el tipo de la disciplina valerosa, vestía un uniforme azul-mezclilla hecho jirones, llevaba la espada en la mano, y recibía las ovaciones modestamente en la actitud del soldado que espera nuevas órdenes para cumplirlas.

La confianza pública volvió á renacer; pero San Martín, prudente siempre, no fiaba nada á la fortuna. Para mostrar que no cedía el campo, estableció una vanguardia de caballería en Rancagua á veinte y cuatro kilómetros de su campamento; pero al mismo tiempo en previsión de un contraste, impartía órdenes secretas señalando la provincia de Coquimbo como punto de reunión, y se establecían depósitos desde Santiago á la Serena marcando con ellos el itinerario de una

(41) Informe verbal del general Espejo.

retirada posible hacia el norte. El intendente del ejército al cumplir estas instrucciones decía: « Las precauciones tomadas para un caso funesto, son siempre prudentes en un » general, aún cuando tenga la superioridad de las armas » mas » (42). El coronel Luis de la Cruz fué encargado de organizar en este sentido las provincias del norte. Previendo hasta el caso de que no fuera posible la retirada á Coquimbo, y hubiese que trasmontar la cordillera, establecíase un parque en Santa Rosa de los Andes y otro en la Guardia Vieja, cubriendo con una reserva de milicias todos los boquetes y portezuelos de las montañas (43). Á los diez días de la derrota de Cancharrayada, el Ejército Unido estaba reorganizado y pronto á renovar la batalla. Constaba de nueve batallones, cinco chilenos y cuatro argentinos (44) con cerca de 4,000 plazas; tres regimientos de caballería, dos argentinos y uno chileno con más de 1,000 jinetes y 22 piezas de artillería, sumando un total de más de 5,000 hombres de línea (45).

(42) Nota del intendente F. de B. Fontecilla de 1.º de abril de 1818. M. S. apud. Barros Arana.

(43) Of. de O'Higgins al gobernador de los Andes de 31 de marzo de 1818. M. S. apud. Barros Arana.

(44) *Batallones chilenos*: — Núm. 1.º de Chile, núm. 2 de id., núm. 3 de id., Infantes de la Patria y Cazadores de Coquimbo. — *Batallones Argentinos*: Núm. 1.º de Cazadores de los Andes, núm. 7 de id., núm. 8 de id., núm. 11 de id. — *Regimientos de caballería argentina*: Granaderos á caballo y Cazadores de id. — *Regimientos chilenos*: Cazadores de Chile y Escolta del Director. — Dos escuadrones de artillería chilenos y dos argentinos.

(45) Faltan datos para fijar con precisión la fuerza del Ejército Unido en esta fecha, pero las cifras que se dan son aproximadamente exactas. Según of. de Guido de 29 de marzo de 1818 (M. S. del Arch. gral.), la columna con que se incorporó Las Heras constaba de 3,500 infantes, aunque otros sólo le asignan 3,000; pero como según él mismo, existían ya allí dos batallones, el número total de esta arma debía alcanzar á 4,000 plazas más ó menos. Los Granaderos y Cazadores á caballo reunidos en esa fecha alcanzaban á 500 según él mismo y agregando los de Chile, formarían un total como de 1,000 hombres. Agregando los artilleros se tiene el total general de más de 5,000 hombres apuntado en el texto. Esta es la fuerza que le asigna en globo Olazábal en su

El general de los Andes, seguro esta vez de vencer, le había infundido su espíritu y esperaba con confianza al enemigo triunfante.

« Ep. de la guerra de la Indep. », p. 39. — El general Las Heras, en una relación M. S. de la batalla de Maipu, dice: « El ejército de la patria apenas podría llegar á 4,300 hombres en nueve batallones, cuatro escuadrones de granaderos, dos escuadrones de cazadores, y dos de lanceros. »

CAPÍTULO XVIII

MAIPU (1).

AÑO 1818

El ejército realista después de Cancharrayada. — Apertura de la campaña de Maipu. — Combate de vanguardia. — El ejército realista atraviesa el río Maipo. — Su marcha estratégica. — Teatro de las operaciones. — Planes y maniobras de San Martín. — Batalla de Maipu. — Derrota del ejército realista y sus resultados. — Error de San Martín después de Maipu. — Importancia americana de la batalla de Maipu. — El virrey del Perú se pone á la defensiva. — Osorio se sostiene en el sud de Chile. — Se reabren las hostilidades al sud del Maule. — Combate del Parral y de Quirihue. — Ataque de Chillán. — El coronel Lantaño. — Desmantelamiento de Talcahuano. — Consecuencias inmediatas de la batalla de Maipu.

I

La sorpresa de Cancharrayada, como sucede en los encuentros nocturnos, no fué decisiva y la dispersión fué tan considerable de una parte como de otra. Esto explica por qué el ala izquierda y la reserva patriota no fué activamente per-

(1) Los nombres históricos de lugares, deben escribirse tal como la geografía, ó los documentos correlativos los consignan, pues si hubiera de hacerse remontando al origen de las palabras ó á sus raíces para ello, la historia se convertiría en un tratado de etimologías, que á la vez haríala